

LAS IDEAS. SU POLÍTICA Y SU HISTORIA

Ensayos y estudios históricos de Lord Acton

Introducción (a *Il Principe*)

Lord Acton

Burd se ha propuesto redimir nuestra tradicional inferioridad en los estudios maquiavelianos, y creo que quedará patente que ha dado una explicación mucho más satisfactoria de *El príncipe* que la que cualquier país poseyera con anterioridad. Su edición comentada proporciona todas las respuestas a un conocido problema de la historia de Italia y de la literatura política. En realidad, el antiguo problema ha dejado de existir, y ningún lector de este volumen continuará preguntándose cómo un hombre tan inteligente y razonable llegó a proponer consejos tan execrables. Cuando Maquiavelo afirmó que objetivos extraordinarios no pueden ser alcanzados bajo reglas ordinarias, registró la experiencia de su propia época, pero también predijo el secreto de los seres humanos desde su nacimiento. No solo ilustra a la generación que le enseñó a él, sino también a las generaciones que él instruyó, y no tiene menos en común con los hombres que observaron sus preceptos con anterioridad a ellas que con los Visconti, los Borja y los Baglioni, que fueron sus maestros. Representa más que el espíritu de su país y de su época. El conocimiento, la civilización y la moralidad han mejorado, pero la autenticidad política de Maquiavelo ha perdurado durante tres siglos. Ha sido un ejemplo tanto para los individuos respetados por la posteridad como para aquel a quien su historiador dedica estas palabras: “Cet homme que Dieu, après l’avoir fait si grand, avait fait bon aussi, n’avait rien de la vertu”. El auténtico intérprete de Maquiavelo, el *Commentarius Perpetuus* de los *Discursos* y de *El príncipe*, es toda la historia posterior.

Michelet escribió: “Rapportons-nous-en sur ceci à quelqu’un qui fut bien plus Machiavéliste que Machiavel, à la république de Venise”. Antes de su tiempo y también mucho después, casi hasta la época en que se puso precio a las cabezas del Pretendiente y de Pontiac, Venecia se sirvió de asesinos a sueldo. No era un recurso desesperado de políticos acorralados, sino una práctica declarada entre magistrados ilustres y religiosos. En 1569, Soto plantea una duda impersonal sobre la solidez moral de tal práctica: “Non omnibus satis probatur Venetorum mos, qui cum complures a patria exules habeant condemnatos, singulis facultatem faciunt, ut qui alium eorum interfecerit, vita ac libertate donetur”. Pero, poco después, su soberano obtuvo la confirmación de que el asesinato por orden

real había sido aprobado unánimemente por los teólogos: “A los tales puede el Príncipe mandarlos matar, aunque esten fuera de su distrito y reinos. – Sin ser citado, secretamente se le puede quitar la vita. – Esta es doctrina comun y cierta y recevida de los theologos”. Cuando el rey de Francia restauró su buen nombre en Europa deshaciéndose de los Guise, el veneciano Francesco da Molino esperaba que cundiera el ejemplo en el Consejo de los Diez: “Permeti sua divina bontà che questo esempio habbi giovato a farlo proceder come spero con meno fretta e più sodamente a cose tali e d’importanza”. Sarpi, el escritor más insigne del Consejo y su teólogo oficial, escribe una serie de máximas que parecen haber sido sacadas directamente de su predecesor florentino: “Proponendo cosa in apparenza non honesta, scusarla come necessaria, come praticata da altri, come propria al tempo, che tende a buon fine, et conforme all’opinione de molti. – La vendetta non giova se non per fugir lo sprezzo. – Ogn’ huomo ha opinione che il mendacio sia buono in ragion di medicina, et di far bene a far creer il vero et utile con premesse false”. Uno de sus compatriotas, después de examinar sus escritos, anota: “I ricordi di questo grand’ uomo furono più da politico che da christiano”. A [Sarpi] se le atribuía la doctrina del castigo oculto y el uso de veneno contra los enemigos públicos: “In casi d’ eccessi incorrigibili si punissero secretamente, a fine che il sangue patrizio non resti profanato. –Il veleno deve esser l’unico mezzo per levarli dal mondo, quando alla giustizia non complisse farli passare sotto la manaia del carnefice”. Venecia, por lo demás tan diferente del resto de Europa, en este particular no fue una excepción.

Maquiavelo disfrutó de una temporada de popularidad incluso en Roma. Los papas mediceos se negaron a emplear para un cargo oficial a alguien que había sido el cerebro de un gobierno hostil, pero le alentaron a escribir y no les ofendieron sus escritos. Los juristas citaron el trato que el papa León dispensó al tirano de Perugia como un modelo sugerente para deshacerse de un enemigo. Clemente le confesó a Contarini que la honestidad es preferible, pero que los hombres honestos son los que se benefician menos de ella: “Io cognosco certo che voi dicete il vero, et che ad farla da homo da bene, et a far il debito, seria proceder come mi aricordate; ma bisognerebbe trovar la corrispondentia. Non vedete che il mondo è ridotto a un termine che colui il qual é più astuto et cum più trame fa il fatto suo, è più laudato, et estimato più valente homo, et più celebrato, et chi fa il contrario vien detto di esso: quel tale è una bona persona, ma non val niente? Et se ne sta cum quel titolo solo di bona persona. – Chi va bonamente vien trata da bestia”. Dos años después de este discurso, el astuto florentino autorizó la publicación de *El príncipe* en Roma.

No había llegado a la imprenta todavía cuando Cromwell lo da a conocer a Pole, por lo que Brosch pone en duda la veracidad de esta historia. A la muerte de Clemente, Pole encabeza el ataque, pero se interrumpe durante el período de reacción contra todo lo mediceo que ocupa el reinado de los Farnesio. El 11 de noviembre de 1550 Maquiavelo es denunciado ante la Inquisición por Muzio,

un hombre con experiencia en la controversia y la represión literaria, quien, debido a su conocimiento del griego, fue elegido por Pío V para la obra que posteriormente encargó a Baronio:

Senza rispetto alcuno insegna a non servar ne fede, ne charità, ne religione; et dice che di queste cose, gli huomini se ne debbono servire per parer buoni, et per le grandezze temporali, alle quali quando non servono non se ne dee fare stima. Et non è questo peggio che heretica dottrina? Vedendosi che ciò si comporta, sono accetate come opere approvate dalla Santa Madre chiesa.

Muzio, quien al mismo tiempo recomendaba *El Decamerón*, no actuó por motivos éticos. Su acusación fue un éxito. Cuando se crea el *Índice* en 1557, Maquiavelo fue uno de los primeros escritores condenados y lo fue más rigurosa e implacablemente que nadie. Los mismos comisionados de Trento prepararon ediciones de ciertos autores prohibidos, como Clarius y Flaminius; a Gucciardini se le permitió aparecer con enmiendas, y la famosa revisión de Boccaccio se llevó a cabo en 1573. Ello se debió a la influencia de Victorius, quien suplicó en vano que se dispensara un texto sancionado de Maquiavelo. Continuó siendo especialmente censurado cuando, por otro lado, se permitió la lectura de libros prohibidos. Ocasionalmente se dieron otras excepciones, como las de Dumoulin, Marini o Maimbourg, pero la exclusión de Maquiavelo fue permanente. Cuando Lucchesini predicó en su contra en la iglesia del Gesù, tuvo que solicitar licencia al mismo Papa para leerlo. Los censores romanos aconsejaron a Lipsius que mezclara un poco de sal católica en su maquiavelismo y reprimiera una aparente protesta contra el odio universal hacia un escritor *quī misera qua non manu hodie vapulat*. Raynaud, uno de los jesuitas más preparados, pero también más polémicos, lo rememora con una historia parecida a la que Tronchin utilizó para adornar la muerte de Voltaire: “Exitus impiissimi nebulonis metuendus est eius aemulatoribus, nam blasphemans evomuit reprobum spiritum”.

A pesar de tan notorio desfavor, se le ha relacionado con los excesos de las guerras religiosas. La hija del personaje a quien iba dirigido *El príncipe* era Catalina de Medici, de quien se dice que enseñó a sus hijos “surtout des traictz de cet athée Machiavel”. Boucher afirma que Enrique III llevaba el libro en el bolsillo –“qui perpetuus ei in sacculo atque manibus est” – y Montaigne lo confirma cuando dice: “Et dict on, de ce temps, que Machiavel est encores ailleurs en crédit”. La cita, tan pertinentemente oportuna, con la que la reina justificó su resolución asesina no le fue proporcionada por el repudiado y desacreditado consejero de su padre, sino por un obispo del Concilio de Trento, cuyos sermones acababan de ser publicados: “Bisogna esser severo et acuto, non bisogna esser clemente; è crudeltà l’esser pietoso, è pietà l’esser crudele”. Este argumento se incorporó después en las *Controversias* de San Belarmino:

“Haereticis obstinatis beneficium est, quod de hac vita tollantur; nam quo diutius vivunt, eo plures errores excogitant, plures pervertunt, et majorem sibi damnationem acquirunt”.

Los teólogos que defendían estas doctrinas las recibieron a través de sus propios canales directamente de la Edad Media. La teoría microbiana, según la cual la herejía se paga con la muerte, se amplió hasta incluir al rebelde, al usurpador y a la villa heterodoxa o rebelde y continuó desarrollándose mucho después de la época de Maquiavelo. Al principio se dudaba de si un pequeño número de culpables justificaba la demolición de una ciudad: “Videtur quod si aliqui haeretici sunt in civitate potest exuri tota civitas”. Bajo Gregorio XIII este derecho se reivindica de manera inequívoca: “Civitas ista potest igne destrui, quando in ea plures sunt haeretici”. En caso de sedición, el fuego se considera un recurso menos adecuado: “Propter rebellionem civitas quandoque supponitur aratro, et possunt singuli decapitari”. De los herejes se tenía la siguiente opinión: “Ut hostes latronesque occidi possunt etiamsi sunt clerici”. Si un rey era condenado por usurpador, su destino era ser exterminado: “Licite potest a quolibet de populo occidi, pro libertate populi, quando non est recursus ad superiorem, a quo possit iustitia fieri”. O en palabras del escrupuloso Soto: “Tunc quisque ius habet ipsum extinguendi”. Hacia finales del siglo XVII las enseñanzas de los teólogos eran claras: “Occidatur, seu occidendus proscribatur, quando non aliter potest haberi tranquillitas Reipublicae”.

No se trataba de una mera teoría ni de la lógica impuesta por hombres presos del pensamiento de sus precursores medievales. Bajo el rey más carnal y menos cristiano, los Vaudois de Provenza fueron exterminados en el año 1545. Justo antes y después de este acontecimiento, Paul Sadolet escribió lo siguiente al cardenal Farnesio:

Aggionta hora questa instantia del predetto paese di Provenza a quella che da Mons. Nuntio s'era fatta a Sua Maestà Christianissima a nome di Sua Beatitudine et di Vostra Reverendissima Signoria, siamo in ferma speranza, che vi si debbia pigliare qualche bono expediente et farci qualche gagliarda provisione. – È seguito, in questo paese, quel tanto desiderato et tanto necessario effetto circa le cose di Cabrieres, che da vostra Signoria Reverendissima è stato si lungamente ricordato et sollicitato et procurato.

Incluso a Melanthon la muerte de Cromwell le llevó a decir que no hay obra mejor que la aniquilación de un tirano; “Utinam Deus alicui forti viro hanc mentem inserat” También en 1575 los obispos suecos decidieron envenenar a su rey en una jofaina de sopa, una idea particularmente repugnante para el autor de *De Rege et Regis Institutione*. Entre los papeles de Mariana he encontrado la carta que escribió desde París donde contaba el asesinato de Enrique III, que luego convirtió en el memorable relato del capítulo sexto:

Communicò con sus superiores, si peccaria mortalmente un sacerdote que matase a un tirano. Ellos le dijeron que no era pecado, mas que quedaria irregular. Y no contentandose con esto, ni con las disputas que avia de ordinario en la Sorbona sobre la materia, continuando siempre sus oraciones, lo preguntò a otros theologos, que le afirmavan lo mismo; y con esto se resolvió enteramente de ejecutarlo. – Por el successo es de colegir que tuvo el fraile alguna revelación de Nuestro Señor en particular, y inspiracion para executar el caso.

Según Maffei, biógrafo del Papa, los sacerdotes no se contentaron con decir que matar no era pecado: “Cum illi posse, nec sine magno quidem merito censuissent”. El regicidio era una empresa tan aceptable que parecía correcto asignarle una mediación divina.

Cuando el 2 de enero de 1591 un joven se ofreció a deshacerse de Enrique IV, el nuncio remitió el asunto a Roma: “Quantunque mi sia parso di trovarlo pieno di tale humilità, prudenza, spirito et cose che arguiscono che questa sia inspiratione veramente piuttosto che temerità e leggerezza”. En un volumen que, aunque reciente, es ya difícil de encontrar, el Foreign Office publicó el consejo del conde d’Avaux respecto a que se diera a los protestantes de Irlanda el mismo trato que Guillermo había dado a los católicos de Glencoe. El argumento que justificaba el complot de asesinato provino originalmente de un seminario belga. Hubo al menos tres hombres que vivieron hasta bien entrado el siglo XVIII que defendieron en sus libros la masacre de San Bartolomé, y hasta 1741 se mantuvo que los culpables pueden ser asesinados antes de ser condenados: “Etiam ante sententiam impune occidi possunt, quando de proximo erant banniendi, vel quando eorum delictum est notorium, grave, et pro quo poena capitis infligenda esset”.

Si bien estos principios seguían vigentes tanto en la religión como en la sociedad, las censuras oficiales de la Iglesia y las protestas de todos los teólogos desde Catarino habían sido ineficaces. Gran parte de las críticas más profanas provenientes de autoridades como el cardenal de Retz, Voltaire, Federico el Grande, Daunou y Mazzini no son ni más convincentes ni más reales. Linguet no se equivocó del todo al sugerir que los atacantes conocían a Maquiavelo de segunda mano: “Chaque fois que je jette les yeux sur les ouvrages de ce grand génie, je ne saurais concevoir, je l’avoue, la cause du décri où il est tombé. Je soupçonne fortement que ses plus grands ennemis sont ceux qui ne l’ont pas lu”. Retz le atribuyó una afirmación que no figura en sus escritos. Frederic y Algernon Sidney habían leído solo uno de sus libros, y Bolingbroke, un espíritu agradable que lo cita tan a menudo, lo conocía muy poco. Hume menoscaba una observación juiciosa con un comentario del siglo XVIII irrefutable: no hay prácticamente ninguna máxima en *El príncipe* que la experiencia posterior no haya refutado por completo. Los errores de este político procedieron, en gran medida, de haber vivido en una edad del mundo demasiado temprana para ser

un buen juez de la verdad política”. Bodin había escrito anteriormente: “Il n’a jamais sondé le gué de la science politique”. Mazzini se queja de su “*analisi cadaverica ed ignoranza della vita*”, y Barthélemy St. Hilaire afirma bordeando la paradoja: “On dirait vraiment que l’histoire ne lui a rien appris, non plus que la conscience”. Este sería un tratamiento más científico que la habitual censura de los moralistas y el tradicional aplauso de los políticos. Es más fácil mostrar los errores de la práctica política que eliminar la base ética de los juicios de valor que el mundo moderno comparte con Maquiavelo.

Por caminos plausibles y arriesgados los hombres se sienten atraídos por la doctrina de la justicia histórica, los dictámenes sobre los logros obtenidos y las enseñanzas del siglo XIX, desde los cuales se llega a *El príncipe* por una pronunciada pendiente. Cuando decimos que la vida pública no es un asunto que incumbe a la moralidad, que no tenemos a mano ninguna regla del bien y del mal, que los hombres deben ser juzgados según la época en la que vivieron, que el código cambia con la distancia, que la sabiduría que gobierna un hecho es superior a la nuestra, estamos rindiendo un velado homenaje al sistema que lleva un nombre tan odioso. Pocos tendrían escrúpulos en sostener, como hace Morley, que por honestidad histórica debemos juzgar a los hombres de acción según los estándares de los hombres de acción, o como Retz cuando afirma: “Les vices d’un archevêque peuvent être, dans une infinité de rencontres, les vertus d’un chef de parti”. El introductor de Adam Smith en Francia, J. B. Say, secunda al ambicioso coadjutor: “Louis XIV et son despotisme et ses guerres n’ont jamais fait le mal qui serait résulté des conseils de ce bon Fénelon, l’apôtre et le martyr de la vertu et du bien des hommes”. Una gran mayoría de figuras públicas de renombre desapruban lo que Sir Henry Taylor califica de frágil sensibilidad de conciencia y aprueban las palabras que Lord Grey dirige a la princesa Lieven: “Soy un gran amante de la moral, pública y privada, pero esta regla no puede regular de manera rigurosa la relación entre naciones”. Mientras Burke denunciaba la Revolución, Walpole escribía: “Ningún gran país fue jamás salvado por hombres buenos, porque los hombres buenos nunca llegarán hasta donde haga falta para conseguirlo”. Todo ello ya había sido anticipado previamente por Pole: “Quanto quis privatam vitam agens Christi similior erit tanto minus aptus ad regendum id munus iudicio hominum existimabitur”. El principio fundamental de Maquiavelo es ratificado por su más ilustre discípulo inglés: “Es el solecismo del poder pensar en controlar el fin y, sin embargo, no aguantar lo que conlleva conseguirlo”. Y Bacon nos conduce al conocido jesuita: “Cui licet finis, illi et media permissa sunt”.

El austero Pascal opinaba: “On ne voit rien de juste ou d’injuste qui ne change de qualité en changeant de climat” (la lectura *presque rien* responde a la prudencia de un editor). Encontramos el mismo escepticismo subyacente no solo en los filósofos de impronta titánica, para quienes el remordimiento es

un prejuicio de la educación y las virtudes morales son “la progenie política que la adulación ha engendrado en el amor propio”, sino también entre los maestros del pensamiento vivo. Según Bain, Locke sostiene que difícilmente encontraremos ninguna regla de moralidad, salvo las necesarias para mantener la sociedad unida –y estas también con grandes limitaciones– más que lo que, en uno u otro lugar, ha sido restringido y su contrario instaurado por sociedades enteras. Maine de Biran extrae esta conclusión del *Esprit des Lois*: “Il n’y a rien d’absolu ni dans la religion, ni dans la morale, ni, a plus forte raison, dans la politique”. Turgot detecta la doctrina de Helvetius en los mercantilistas: “Il établit qu’il n’y a pas lieu à la probité entre les Nations, d’où suivroit que le monde doit être éternellement un coupe-gorge. En quoi il est bien d’accord avec les panégyristes de Colbert”.

Todo esto sobrevive, transmutado, en el popular y edificante epigrama: “Die Weltgeschichte ist das Weltgericht! Lacordaire, si bien tenía una buena opinión de “l’empire et les ruses de la durée”, registró su experiencia con estas palabras: “J’ai toujours vu Dieu se justifier à la longue.” Reuss, maestro de tendencia opuesta y de mayor renombre, es igualmente vivificante: “Les destinées de l’homme s’accomplissent ici-bas; la justice de Dieu s’exerce et se manifeste sur cette terre.” En los albores de la observancia estricta, Massillon pudo predicar con toda tranquilidad que la maldad acaba en ignominia: “Dieu aura son tour”. El indeciso providencialismo de los compatriotas de Bossuet es compartido por los teólogos ingleses. “Los contemporáneos”, dice Hare, “miran a los agentes, sus motivos y talentos; la historia mira más bien los actos y sus consecuencias”. Thirlwall duda en afirmar que lo que es, sea lo que sea, es lo mejor; “pero tengo una fe firme en que vamos por el buen camino y en que la corriente general es hacia el bien”. Sedgwick, combinando la inducción con la teología, escribe:

Si hay una Providencia supervisora, y si la Suya se manifiesta mediante leyes generales, operando tanto en el mundo físico como en el moral, entonces una violación de esas leyes deberá ser una violación de Su voluntad y deberá sufrir adversidad irremediamente.

Al margen del lenguaje de la religión, un optimismo lindante con que el fatalismo recorre la visión filosófica de muchos, especialmente de los historiadores: “Le vrai, c’est, en toutes choses, le fait”. Sainte-Beuve considera que “[i]l y a dans tout fait général et prolongé une puissance de démonstration insensible”, y Scherer describe el progreso como “une espèce de logique objective et impersonnelle qui résout les questions sans appel”. Para Ranke, “[d]er beste Prüfstein ist die Zeit”, y Sybel explica que salir de la confusión y la incertidumbre no fue un camino corto sino una generalización profunda: “Ein Geschlecht, Ein Volk löst das andere ab, und der Lebende hat Recht”.

Un erudito de escuela y fibra diferente, Stahr el Aristotélico, expresa la misma idea: “Die Geschichte soll die Richtigkeit des Denkens bewähren”. La máxima de Richelieu, según la cual “les grands desseins et notables entreprises ne se vérifient jamais autrement que par le succès”, y la de Napoleón que reza: “Je ne juge les hommes que par les résultats”, son recogidas con entusiasmo por Fustel de Coulanges cuando escribe: “Ce qui caractérise le véritable homme d’état, c’est le succès, on le reconnaît surtout à ce signe, qu’il réussit”. Uno de los más agudos críticos de Maquiavelo se aplicó esta máxima:

Die ewige Aufgabe der Politik bleibt unter den gegebenen Verhältnissen und mit den vorhandenen Mitteln etwas zu erreichen. Eine Politik die das verkennt, die auf den Erfolg verzichtet, sich auf eine theoretische Propaganda, auf ideale Gesichtspunkte beschränkt, von einer verlorenen Gegenwart an eine künftige Gerechtigkeit appellirt, ist keine Politik mehr.

Stenzel, uno de los pioneros medievales, nos legó una fórmula del más puro *cinquecento* toscano:

Was bei anderen Menschen gemeine Schlechtigkeit ist, erhält, bei den ungewöhnlichen Geistern, den Stempel der Grösse, der selbst dem Verbrechen sich aufdrückt. Der Maassstab ist anders; denn das Ausserordentliche lässt sich nur durch Ausserordentliches bewirken.

Treitschke denuncia habitualmente a los impotentes doctrinarios que no entienden “dass der Staat Macht ist und der Welt des Willens angehört”, y que no saben emanciparse “von der Politik des Bekenntnisses zu der Politik der That”. Schäfer, aunque no tan completamente convencido, se burla de Macaulay por pensar que la felicidad humana concierne a la ciencia política: “das Wesen des Staates ist die Macht, und die Politik die Kunst ihn zu erhalten”. La *Realpolitik* de Rochau era un tratado en dos volúmenes escrito para probar que “dass der Staat durch seine Selbsterhaltung das oberste Gebot der Sittlichkeit erfüllt”, por lo cual nadie culpa a un Estado en decadencia por dejarse subyugar por un vecino poderoso. En uno de esos pasajes contundentes que llevaron a Freeman a quejarse de su incapacidad para entender que un Estado pequeño pueda tener algún derecho o que un sentimiento generoso o patriótico puede albergarse fuera del regazo de un necio, Mommsen justifica así las conquistas romanas: “Kraft des Gesetzes dass das zum Staat entwickelte Volk die politisch unmündigen, das civilisirte die geistig unmündigen in sich auflöst”. La misma idea fue introducida en la teoría de la ética por Kirchmann y aparece con un toque aleccionador en la *Geschichte Jesu* de Hase, el más popular teólogo alemán:

Der Einzelne wird nach der Grösse seiner Ziele, nach den Wirkungen seiner Thaten für das Wohl der Völker gemessen, aber nicht nach dem Maasse der Moral und des Rechts. –Vom Leben im Geiste seiner Zeit hängt nicht der sittliche Werth eines Menschen, aber seine geschichtliche Wirksamkeit ab.

Rümelin, el suabo más brillante de su tiempo tanto en política como en literatura y un enérgico adversario de Maquiavelo, escribió lo siguiente en 1874:

Für den Einzelnen im Staat gilt das Princip der Selbsthingabe, für den Staat das der Selbstbehauptung. Der Einzelne dient dem Recht; der Staat handhabt, leitet und schafft dasselbe. Der Einzelne ist nur ein flüchtiges Glied in dem sittlichen Ganzen; der Staat ist, wenn nicht dieses Ganze selbst, doch dessen reale, ordnende Macht; er ist unsterblich und sich selbst genug. – Die Erhaltung des Staats rechtfertigt jedes Opfer und steht über jedem Gebot.

Nefftzer, un alsaciano fronterizo, escribe: “Le devoir suprême des individus est de se dévouer, celui des nations est de se conserver, et se confond par conséquent avec leur intérêt”. En una ocasión, dejándose llevar por un estado de animo panteísta, Renan subraya: “L’humanité a tout fait, et, nous voulons le croire, tout bien fait”. Del mismo modo, Michelet resume la *Ciencia nueva* con esta afirmación: “L’humanité est son œuvre à elle-même. Dieu agit sur elle, mais par elle”. Leslie Stephen formula así la filosofía de la historia según Carlyle: “solo triunfa lo que se basa en la verdad divina, y, por tanto, el éxito persistente prueba lo correcto, al igual que el efecto prueba la causa”. Darwin, que había conocido a Carlyle, apunta que este “aprobaba el poder” y añade que era un hombre de mente estrecha y poco científica. Goldwin Smith llega a la misma conclusión: “La historia por sí misma, si se observa tal como la ciencia observa los hechos del mundo físico, difícilmente puede dar al hombre ningún principio o ningún objeto de lealtad distinto al éxito”. Martineau atribuye esta doctrina a Mill: “¿Nos preguntamos qué determina la calidad moral de las acciones? Para ello debemos remitimos no a su origen sino a sus consecuencias”. Jeremy Bentham solía relatar cómo encontró el principio superior de la felicidad en 1768, por el que pagó un chelín en la esquina de Queen’s College. Lo encontró en Priestley, como podría haberlo encontrado en Beccaria y Hutcheson; el pedigrí de todos ellos se remonta a *La mandrágora*: “Io credo che quello sia bene che facci bene a’ più, e che i più se ne contentino”. Este es el centro de unión de toda la obra de Maquiavelo que lo relaciona no solo con imitadores involuntarios, sino también con la raza de pensadores más conspicua del siglo.

La tradición inglesa no conecta con ninguna línea de pensamiento que haya sido claramente indulgente con Maquiavelo. Dugald Stewart lo ensalza para luego dejarlo caer sin contemplaciones: “Con toda seguridad, ni en la

antigüedad ni en la época moderna ningún escritor ha unido jamás de forma mas notable una mayor variedad de los más disímiles y aparentemente más discordantes dones y logros. – Los defensores regios de la fe católica están en deuda con sus máximas, las cuales permean el espíritu de las políticas que ellos han contrapuesto sin fisuras a las innovaciones de los reformadores”. Hallam afirma categórico: “Nos encontramos en un continuo abandono de las reglas morales cada vez más flagrante y manifiesto, directamente relacionado con algún principio general idolatrado, que nos lleva directamente al *Príncipe de Maquiavelo*”. Pero la hipérbole, tan poco común entre nosotros, había ya sido desacreditada un siglo antes a la sombra de una disertación en latín de Feuerlein: “Longe detestabiliores errores apud alios doctores politicos facile invenias, si eidem rigorosae censurae eorum scripta subiicienda essent”. Lo que para nosotros [los ingleses] ha sido un aforismo ocasional de una mente magistral, en el exterior encontró apoyo en sistemas acreditados y en un movimiento político vasto y exitoso. La recuperación de Maquiavelo ha sido esencialmente producto de causas que operan en la Europa continental.

Cuando Hegel era una influencia dominante en el Rin, y Cousin más allá del Rin, las circunstancias favorecieron su popularidad. Hegel nos enseñó que “[D]er Gang der Weltgeschichte steht ausserhalb der Tugend, des Lasters, und der Gerechtigkeit”. El gran ecléctico actualizó la peor máxima de *Historias Florentinas* con un lenguaje explícito:

L'apologie d'un siècle est dans son existence, car son existence est un arrêt et un jugement de Dieu même, ou l'histoire n'est qu'une fantasmagorie insignifiante. – Le caractère propre, le signe d'un grand homme, c'est qu'il réussit. – Ou nul guerrier ne doit être appelé grand homme, ou, s'il est grand, il faut l'absoudre, et absoudre en masse tout ce qu'il a fait. – Il faut prouver que le vainqueur non seulement sert la civilisation, mais qu'il est meilleur, plus moral, et que c'est pour cela qu'il est vainqueur. Maudire la puissance (j'entends une puissance longue et durable) c'est blasphémer l'humanité.

Este problema, que es primitivo e imperecedero, asumió una forma peculiar en la controversia teológica. Los teólogos católicos insistieron en que la prosperidad es un signo por el que se conoce la verdadera iglesia, incluso en el período beligerante, si se acopla *Felicitas Temporalis illis collata qui ecclesiam defenderunt*, con *Infelix exitus eorum qui ecclesiam oppugnant*. Le Blanc de Beaulieu, un nombre que se instala en la tradición del debate sosegado, sostiene la opinión contraria : “Crucem et perpressiones esse potius ecclesiae notam, nam denunciatum piis in verbo Dei fore ut in hoc mundo persecutionem patiantur, non vero ut armis sint adversariis suis superiores”. Superándolos a todos, Renan cree que la honestidad es la peor política: “En général, dans l'histoire, l'homme est puni de ce qu'il fait de bien, et récompensé de ce qu'il

fait de mal. – L’histoire est tout le contraire de la vertu récompensée”.

El movimiento nacional, que unió primero Italia y luego Alemania, abrió una nueva era para Maquiavelo. Había pasado a la posteridad con la carga distintiva de haber sido el instigador del despotismo, de tal manera que aquellos que en el siglo XVII prepararon el camino de la monarquía absoluta fueron comúnmente conocidos como *novi politici et Machiavellistae*. En tiempos de Grotius estos nuevos políticos son denunciados por Besold:

Novi politici, ex Italia redeuntes qui quavis fraude principibus a subditis pecuniam extorquere fas licitumque esse putant, Machiavelli plerumque praeceptis et exemplis principum, quorum rationes non capiunt, ad id abutentes.

Pero el objetivo inmediato con el que italianos y alemanes consumaron el gran cambio en la constitución europea fue la unidad, no la libertad. No cimentaron convicciones, sino fuerzas. Había llegado el momento de Maquiavelo. Una vez más, surgían los problemas planteados por Maquiavelo y para muchas mentes progresistas y decididas surgía también su espíritu, que recibía cada vez mayores alabanzas. Fue simplemente un fiel observador de la realidad que describió la necesidad cruel que reina sobre territorios pequeños y fortunas inestables. Descubrió el verdadero camino del progreso y las leyes de la sociedad futura. Fue un patriota, un republicano, un liberal, pero, sobre todo, un hombre lo suficientemente sagaz para saber que la política es una ciencia inductiva. Un propósito sublime le justifica, mas ha sido tratado injustamente por embaucadores y fanáticos, por soñadores irresponsables e hipócritas interesados.

Al pasar de la etapa liberal a la nacional, la revolución italiana adoptó su nombre de inmediato y se colocó bajo su invocación. El conde Sclopis, que lo había etiquetado de *Penseur profonde, écrivain admirable*, acaba lamentando su prematura alabanza:

Il m’a été pénible de voir le gouvernement provisoire de la Toscane, en 1859, le lendemain du jour où ce pays recouvrait sa liberté, publier un décret, portant qu’une édition complète des œuvres de Machiavel serait faite aux frais de l’état.

Incluso la investigación de nuestros mejores maestros, Villari y Tommasini, se origina en su admiración por Maquiavelo. Ferrari, que se le acerca tanto en muchas cualidades del intelecto, se refiere a él como el registrador del porvenir: “Il décrit les rôles que la fatalité distribue aux individus et aux masses dans ces moments funestes et glorieux où ils sont appelés à changer la loi et la foi des nations”. Su consejo, dice La Farina, habría salvado a Italia, y Canello cree que disgusta a muchos porque lo confunden con un cortesano: “L’orrore

e l'antipatia che molti critici hanno provato per il Machiavelli son derivati dal pensare che tutti i suoi crudi insegnamenti fossero solo a vantaggio del Principe". El biógrafo Mordenti lo ensalza como paladín de conciencias – "risuscitando la dignità dell' umana coscienza, ne affermò l'esistenza in faccia alla ragione"–, para acabar añadiendo más certeramente: "E uno dei personaggi del dramma che si va svolgendo nell' età nostra".

Laurent explica porqué Maquiavelo cuenta con imitadores, pero no con defensores: "Machiavel ne trouve plus un seul partisan au XIXe siècle. – La postérité a voué son nom à l'infamie, tout en pratiquant sa doctrine." Su característica universalidad ha sido reconocida por Baudrillard:

En exprimant ce mauvais côté, mais ce mauvais côté, hélas éternel! Machiavel n'est plus seulement le publiciste de son pays et de son temps; il est le politique de tous les siècles. – S'il fait tout dépendre de la puissance individuelle, et de ses facultés de force, d'habileté, de ruse, c'est que, plus le théâtre se rétrécit, plus l'homme influe sur la marche des événements.

Matter le descubre las mismas virtudes que aplauden los italianos: "Il a plus innové pour la liberté que pour le despotisme, car autour de lui la liberté était inconnue, tandis que le despotisme lui posait partout".

Su comentarista, Longpérier, tacha la doctrina de "parfaitement appropriée aux états d'Italie". Nourrisson, que junto con Fehr es uno de los pocos religiosos que dedica palabras de elogio hacia el Secretario, admira su sinceridad: "Le Prince est un livre de bonne foi, où l'auteur, sans songer à mal, n'a fait que traduire en maximes les pratiques habituelles à ses contemporains". Thiers se rinde ante *El príncipe*, pero se aferra a los *Discursos* – los *Discursos*, con el texto agudo y decisivo producido por Burd. Es posible que descubriera en los archivos del ministerio lo que llamo la atención de su exitoso predecesor Vergennes: "Il est des choses plus fortes que les hommes, et les grands intérêts des Nations sont de ce genre, et doivent par consent l'emporter sur la façon de penser de quelques particuliers".

La lealtad a Federico el Grande no ha temperado la opinión alemana, y así vemos a filósofos e historiadores rechazar su moral juvenil. Zimmerman se pregunta qué habría sido de Prusia si el rey hubiera practicado las máximas del Príncipe Heredero, y Zeller asegura que no se permitió que el *Anti-Machiavel* influyera en su reinado: "Wird man doch weder in seiner Staatsleitung noch in seinen politischen Grundsätzen etwas von dem vermissen, worauf die Ueberlegenheit einer gesunden Realpolitik allem liberalen oder conservativen, radikalen oder legitimistischen, Doktrinarismus gegenüber beruht". Ahrens y Windelband insisten en las ventajas de un gobierno nacional: "Der Staat ist sich selbst genug, wenn er in einer Nation wurzelt, – das ist der Grundgedanke Machiavelli's". Kirchmann celebra la emancipación del Estado del yugo de la moralidad:

Man hat Machiavelli zwar in der Theorie bekämpft, allein die Praxis der Staaten hat seine Lehren immer eingehalten. – Wenn seine Lehre verletzt, so kommt diess nur von der Kleinheit der Staaten und Fürsten, auf die er sie verwendet. – Es spricht nur für seine tiefe Erkenntniss des Staatswesens, dass er die Staatsgewalt nicht den Regeln der Privatmoral unterwirft, sondern selbst vor groben Verletzungen dieser Moral durch den Fürsten nicht zurückschreckt, wenn das Wohl des Ganzen und die Freiheit des Vaterlandes nicht anders vorbereitet und vermittelt werden kann.

En el recorrido que hace Kuno Fischer por los sistemas de la metafísica, Maquiavelo aparece a cada paso. Abbott reconoce su influencia a lo largo de todos los escritos políticos de Bacon; Hobbes prosiguió su teoría hasta llegar a las conclusiones, de las que se abstuvo; Spinoza le concedió el beneficio de una interpretación liberal; Leibniz, el inventor de la doctrina de la aquiescencia que Bolingbroke divulga en su *Ensayo sobre el hombre*, dijo que esbozó un buen semblante de un mal príncipe; Herder cree entender que para Maquiavelo un bribón no tiene por qué ser un tonto, y Fichte se propone honestamente rehabilitarlo. Al final, el gran maestro de la filosofía moderna se pronuncia a su favor y declara que es absurdo vestir a un príncipe con el habito de un monje:

Ein politischer Denker und Künstler dessen erfahrener und tiefer Verstand aus den geschichtlich gegebenen Verhältnissen besser, als aus den Grundsätzen der Metaphysik, die politischen Nothwendigkeiten, den Charakter, die Bildung und Aufgabe weltlicher Herrschaft zu begreifen wusste. – Da man weiss, dass politische Machtfragen nie, am Wenigsten in einem verderbten Volke, mit den Mitteln der Moral zu lösen sind, so ist es unverständlich, das Buch vom Fürsten zu verschreien. Machiavelli hatte einen Herrscher zu schildern, keinen Klosterbruder.

Ranke era un alumno aventajado de Fichte cuando se refirió a Maquiavelo como un escritor excelente difamado por personas que no podían entenderlo: “Einem Autor von höchstem Verdienst, und der keineswegs ein böser Mensch war. – Die falsche Auffassung des *Principe* beruht eben darauf, dass man die Lehren Machiavells als allgemeine betrachtet, während sie bloss Anweisungen für einen bestimmten Zweck sind”. Para Gervinus, en 1853 Maquiavelo es “der grosse Seher”, el profeta del mundo moderno: “Er errieth den Geist der neuern Geschichte”. Gervinus era un demócrata liberal que, junto con Gentz desde otro ámbito, muestra cuán ampliamente se extendieron por Europa los elementos de una restauración maquiavélica. Gentz no había olvidado a sus clásicos al servicio de Austria cuando le escribe a un amigo: “Wenn selbst das Recht je verletzt werden darf, so geschehe es, um die rechtmässige Macht zu erhalten; in allem Uebrigen herrsche es unbedingt”. Twisten está tan convencido como

Maquiavelo de que el mundo no puede ser gobernado con “Pater nostri in mano” y opina que el patriotismo ya ha pagado sus errores:

Dass der weltgeschichtliche Fortschritt nicht mit Schonung und Gelindigkeit, nicht in den Formen des Rechts vollzogen werden konnte, hat die Geschichte aller Länder bestätigt. – Auch Machiavellis Sünden mögen wir als gesühnt betrachten, durch das hochsinnige Streben für das Grosse und das Ansehen seines Volkes.

Boretius, censor de Federico, le hace responsable de una gran cantidad de presuntas críticas: “Die Gelehrten sind bis heute in ihrem Urtheil über Machiavelli nicht einig, die öffentliche Meinung ist hierin glücklicher. – Die öffentliche Meinung kann sich für alle diese Weisheit beim alten Fritz bedanken”. En vísperas de la campaña de Bohemia, Herbst subrayó que, aunque había sido republicano anteriormente, Maquiavelo sacrificó la libertad por la unidad: “Der Einheit soll die innere Freiheit - Machiavelli war kurz zuvor noch begeisterter Anhänger der Republik - geopfert werden”. Según Feuerlein, el escritor albergaba un corazón leal, pero las circunstancias eran inexorables. Klein detecta en *El príncipe*, e incluso en *La mandrágora*, “die reformatorische Absicht eines Sittenspiegels”. Chowanetz escribió un libro donde presentaba a Maquiavelo como maestro de todas las épocas, pero especialmente de la nuestra: “Die Absicht aber, welche Machiavel mit seinem Buche verband, ist trefflich für alle Zeiten”.

Y Weitzel prácticamente no conoce a otro escritor mejor o a uno que menos se merezca un mal nombre:

Im Interesse der Menschheit und gesetzmässiger Verfassungen kann kaum ein besseres Werk geschrieben werden. – Wohl ist mancher in der Geschichte, wie in der Tradition der Völker, auf eine unschuldige Weise um seinen verdienten, oder zu einem unverdienten Rufe gekommen, aber keiner vielleicht unschuldiger als Machiavelli.

Todos estos nombres son ya nombres remotos y olvidados. Hombres más insignes de la época imperial han retomado el tema con mejores medios para establecer un juicio, si bien tampoco han emitido un juicio más severo. Hartwig resume su análisis sincero y penetrante al confesar que el mundo sin conciencia, tal como lo veía Maquiavelo, es el mundo real de la historia tal como es: “Die Thatsachen selbst scheinen uns das Geheimniss ihrer Existenz zu verrathen; wir glauben vor uns die Fäden sich verknüpfen und verschlingen zu sehen, deren Gewebe die Weltgeschichte ist”.

Gasparry piensa que [Maquiavelo] odiaba la iniquidad, pero que no conocía la justicia fuera del Estado:

Er lobte mit Wärme das Gute und tadelte mit Abscheu das Böse; aber er studierte auch dieses mit Interesse. – Er erkennt eben keine Moral, wie keine Religion, über dem Staate, sondern nur in demselben; die Menschen sind von Natur schlecht, die Gesetze machen sie gut. – Wo es kein Gericht giebt, bei dem man klagen könnte, wie in den Handlungen der Fürsten, betrachtet man immer das Ende.

En su *Historia de Carlos V (Charles the Fifth)*, Baumgarten expresa la opinión más generalizada de que la grandeza del objetivo asegura la indulgencia para con los medios propuestos:

Wenn die Umstände zum Wortbruch, zur Grausamkeit, Habgier, Lüge treiben, so hat man sich nicht etwa mit Bedauern, dass die Not dazu zwingt, sondern schlechtweg, weil es eben politisch zweckmässig ist und ohne alles Bedenken so zu verhalten. – Ihre Deduktionen sind uns unerträglich, wenn wir nicht sagen können: alle diese schrecklichen Dinge empfahl Machiavelli, weil er nur durch sie die Befreiung seines Vaterlandes zu erreichen hoffte. Dieses erhabene Ziel macht uns die fürchterlichen Mittel annehmbar, welche Machiavelli seinem Fürsten empfiehlt.

Hillebrand, un alemán más internacional que había nadado en muchas aguas europeas y escribió en tres idiomas, no es menos favorable en su interpretación:

Cette dictature, il ne faut jamais le perdre de vue, ne serait jamais que transitoire, et devrait faire place à un gouvernement libre dès que la grande réforme nationale et sociale serait accomplie. – Il a parfaitement conscience du mal. L'atmosphère ambiante de son siècle et de son pays n'a nullement oblitéré son sens moral. – Il a si bien conscience de l'énormité de ces crimes, qu'il la condamne hautement lorsque la dernière nécessité ne les impose pas.

Entre estas declaraciones de hombres ilustrados e incluso distinguidos, observamos algunas parcialmente verdaderas y otras que, sin una partícula de verdad, son al menos representativas y significativas y sirven para traer a Maquiavelo a un terreno comprensible. Es el exponente más temprano, consciente y articulado de ciertas fuerzas vivas en el mundo actual. La religión, la progresiva ilustración y la perpetua actitud vigilante de la opinión pública no han reducido el imperio de Maquiavelo ni han refutado el reconocimiento de su concepción de la humanidad. Consigue una renovación de su autoridad a partir de causas que aún prevalecen y de doctrinas perceptibles en la política, la filosofía y la ciencia. Sin escatimar reproches y sin utilizarlo comparativamente para los síntomas más burdos de nuestro tiempo, lo encontramos próximo a nuestras pautas comunes dándonos cuenta de que no es un tipo en extinción,

sino una influencia constante y contemporánea. Cuando alabar, defender o disculpar ya no es posible, la carga de la culpa todavía puede aligerarse si la ajustamos y la distribuimos. Maquiavelo es más inteligible racionalmente cuando se nos muestra no solo con las luces que proceden del siglo en el que escribió, sino con las del nuestro propio, el cual ha visto el curso de su historia desviarse veinticinco veces por delitos reales o tentativos.

Traducido por: Montserrat Ginés (Associate Professor at UPC).

La presente traducción se basa en el texto editado por L. Arthur Burd. Oxford, Clarendon Press, 1891.